



**Luis Martín-Estudillo, *Goya and the Mystery of Reading*. Nashville: Vanderbilt University Press, 2023, 246 pp. // *Goya o el misterio de la lectura*. Madrid: Ediciones Cátedra 2023, 252 pp.**

De todas las revoluciones nacidas durante ese periodo clave para la historia de Europa que fue la Ilustración la más desconocida es, quizá, la de la lectura. Y, sin embargo, el aumento radical en el número de lectores y en la cantidad y variedad de textos disponibles que se produjo en dicha época tuvo efectos prolijos y duraderos, no siempre positivos, a todos los niveles. El acceso a la educación por parte de los sectores tradicionalmente excluidos de ella, el nacimiento de una opinión pública capaz de influir en los cambios políticos y sociales o el desarrollo de los nacionalismos son solamente algunas de las consecuencias más conocidas de la expansión de esta actividad que hoy nos

parece casi anodina pero que en los siglos XVIII y XIX fue tan revolucionaria como la irrupción de internet o la inteligencia artificial lo están siendo para nosotros.

En *Goya o el misterio de la lectura*, Luis Martín-Estudillo, catedrático de estudios hispánicos de la Universidad de Iowa, nos ofrece precisamente una novedosa investigación sobre el papel de la lectura en la obra de Francisco de Goya. El volumen se abre con una introducción que muestra la fascinación del autor aragonés por el potencial transformativo de la lectura y apunta el impacto sustancial que dicho interés tuvo en aspectos fundamentales de su actividad artística. Contrariamente a la idea que se tiene a veces de Goya como un *idiot savant*, como un genio apartado del mundo y centrado en sus propias obsesiones, Martín-Estudillo retrata al pintor aragonés como un individuo con un apetito voraz por la lectura (ya fuera de los textos o del mundo), dueño de una biblioteca considerable, perfectamente al tanto de los debates públicos de su tiempo, y especialmente de los surgidos a raíz de la expansión del acceso a las letras. Goya, pues, leía profusamente en su vida privada y profesional, en la que el estudio de textos de distinto tipo tenía un papel clave como paso preparatorio a la creación de sus obras pictóricas. Obras en las que, además, la lectura aparece profusamente incorporada. A veces, en cuadros y retratos que muestran personajes acompañados de material de lectura o inmersos de uno u otro modo en el acto de leer. En otras ocasiones, por medio de la inscripción de numerosos y casi siempre ambiguos fragmentos de texto en sus cuadros, dibujos y grabados que transforman en lectores a quienes se acercan a ellos.

En el resto del volumen, Martín-Estudillo analiza justamente las obras de Goya en las que la lectura tiene un papel clave, teniendo siempre en cuenta la diversidad de las prácticas lectoras de la época y la clara conciencia que el pintor tenía de la existencia de un nuevo tipo de público versado en las artes de la lectura y sabedor de su potencial para multiplicar los significados de las obras artísticas y hacerlas dialogar con los tópicos más candentes de la época. Varios de ellos se relacionan con el rol de la lectura como actividad política, que Martín-Estudillo estudia partiendo del análisis de los *Caprichos*, la cono-

cida serie de grabados en los que Goya satirizó los vicios sociales de su época. Una obra que reconoce el potencial revolucionario del acto lector pero que muestra también una crítica despiadada de la recepción pasiva de los textos. Como nos recuerda el autor, para Goya, al igual que para muchos ilustrados, solo era positiva la lectura meditativa, llevada a cabo en solitario; la lectura en grupo, mucho más común en la época, era un vehículo para la transmisión de conocimientos perniciosos que alimentaban la brutalidad y la intolerancia, algo que a finales de siglo XX podría habernos resultado sorprendente, pero con lo que es difícil no estar de acuerdo hoy, después de un cuarto de siglo de redes sociales, teorías conspirativas y *fake news*. Goya, sin embargo, no nos ofrece soluciones, sino solamente una calculada ambigüedad, una tensión constante entre imagen y palabra.

Especialmente destacable es el largo análisis que Martín-Estudillo dedica a *La Junta de Filipinas*, una de las obras más importantes y menos estudiadas del pintor aragonés. Este cuadro monumental, que se conserva en el Museo Goya de la localidad francesa de Castres, inmortaliza la inesperada visita de Fernando VII a una de las reuniones de la Real Compañía de Filipinas; más en concreto, capta el momento en el que el rey preside la lectura de un largo informe sobre la situación financiera de la empresa. Lejos de glorificar al monarca o resolver las dudas sobre la viabilidad de la compañía (lo que sin duda era el propósito de esta última cuando encargó la obra a Goya), el cuadro plasma el efecto desasosegante que la visita real produjo entre los asistentes a la reunión y, también, el tedio provocado por la interminable lectura del informe. Como muestra Martín-Estudillo, *La Junta de Filipinas* no es un retrato real al uso, sino una reflexión, necesariamente equívoca, sobre la naturaleza del poder y una sofisticada representación del aburrimiento que anticipa otros acercamientos a esta experiencia en el arte moderno.

Seguidamente, *Goya o el misterio de la lectura* se centra en la relación entre lectura y subjetividad. Se abre con un análisis de retratos y dibujos en los que Goya representa a diversos individuos sumergidos en el acto lector. Conviene recordar que la lectura entendida como actividad individual y llevada a cabo en silencio es un concepto re-

lativamente moderno, que comenzó a expandirse durante el siglo XVIII. En estas obras, el pintor aragonés trata de mostrar el genuino placer que produce la lectura solitaria y meditativa, lejos de la teatralidad impostada que la lectura pública muchas veces llevaba aparejada. Tarea para la cual el pintor aragonés se sirve de una reinterpretación no religiosa de la larga tradición occidental de los ejercicios espirituales de los santos cristianos. Martín-Estudillo muestra cómo Goya problematiza la concepción de la identidad más común en la España de la época, a saber, la que basaba el valor individual y la posición social en la pertenencia a un antiguo linaje, mejor aún si era cristiano viejo. A través de varios dibujos de asnos lectores, Goya denuncia el ambiguo rol que la documentación escrita, muchas veces fantástica, tenía a la hora de demostrar esas presuntas genealogías, así como la falsedad de las posiciones sociales a ellas atribuidas. Esta parte del libro finaliza con un estudio del dibujo *Visiones de Don Quijote*, que muestra a Alonso Quijano embebido en la lectura y rodeado de imágenes fantasmagóricas surgidas de su imaginación y que Martín-Estudillo considera, en esa línea ambigua que Goya nunca deja de practicar, tanto una advertencia sobre los efectos nocivos que la lectura puede provocar como una reivindicación del poder de la imaginación en una época en la que el racionalismo estaba imponiéndose como modo privilegiado de pensamiento.

Las siguientes páginas exploran las representaciones goyescas de cierto tipo de lecturas de dudosa moralidad y gran éxito cuyos orígenes remontan a la época ilustrada. La nueva asociación entre lectura y soledad propició la aparición de nuevas temáticas entre lo levemente eróticas y lo abiertamente pornográficas. La popularidad del nuevo género trajo consigo también un cambio de percepción hacia los libros y su propósito, así como un aumento de los intentos por censurarlos y de su atractivo en tanto que objetos transgresores. El discreto lector que es Martín-Estudillo demuestra que ser consciente de la existencia de esta nueva literatura permite abrir las posibilidades interpretativas de la obra de Goya. Bajo este nuevo prisma, cuadros que antes parecían más o menos regulares, como el retrato de *Sebastián Martínez* o el *Retrato del Marqués de San Adrián*, adquieren nuevo sentido una vez

que ponderamos qué se oculta al otro lado del papel que lee el coleccionista gaditano, o cuando conocemos el rol predominante que en la literatura erótica tenía la fusta que empuña el aristócrata.

La siguiente sección está dedicada a los animales, monstruos y otros caracteres grotescos representados por Goya en mitad del acto lector. Imágenes que, para Martín-Estudillo, problematizan la idea, defendida por muchos ilustrados, de la lectura como instrumento esencial para el avance de la razón. Al contrario, remarcan el doble filo que posee cualquier actividad intelectual, su potencial para hacernos mejorar o hundirnos en el fango. El borrado de las fronteras entre lo humano y lo animal practicado por Goya refleja también los debates contemporáneos acerca de la propia naturaleza humana y los incipientes cambios de actitud hacia el tratamiento que deberían recibir los animales, basados en la idea de que la falta de raciocinio o de lenguaje no justifica infligir sufrimiento alguno. Al igual que en capítulos anteriores, el conocimiento de este contexto permite a Martín-Estudillo proponer nuevas interpretaciones para los animales lectores de Goya. Es el caso, por ejemplo, de *Animal de letras*, un dibujo a lápiz de un gran felino humanizado que sostiene un libro entre sus zarpas y a cuyas espaldas se encuentra un personaje que parece burlarse de él. La crítica tradicional lo ha interpretado generalmente como una sátira de los ignorantes que presumen de sus lecturas y que estarían representados por el gran gato de la imagen. Para Martín-Estudillo, sin embargo, Goya nos muestra aquí a una bestia solemne, más digna de simpatía y más humana que la grotesca figura que ha interrumpido su lectura meditativa; una bestia, en definitiva, que nos obliga a plantearnos cuáles son los comportamientos y las actitudes que real-

mente constituyen la condición humana. Otros tópicos cubiertos en el capítulo incluyen el rol de la lectura en la nueva educación pública que estaba poco a poco apareciendo en el país y la influencia perversa de las lecturas grupales que no liberan a los que participan en ella, sino que acaban esclavizándolos.

El volumen concluye con un breve comentario acerca de dos piezas de Goya en las que la palabra escrita (para ser leída por el público, insistamos) juega un papel fundamental: el aterrador grabado *Nada. Ello lo dirá*, perteneciente a la serie de los *Desastres de la guerra*, en el que una osamenta sostiene un libro con la voz «Nada» escrita en él, cuyo significado concreto ha sido objeto de múltiples e infructuosas especulaciones críticas a lo largo de los años; y el conocido *Goya a su médico Arrieta*, que en su parte inferior incluye un epígrafe que multiplica el poder testimonial y las posibilidades interpretativas del célebre autorretrato. La comparación entre las dos piezas permite al autor de nuestro volumen recordarnos el poder evocativo que siempre tuvo la palabra para Goya; resaltar el aire de misterio que aún tenían en la época las letras escritas y la lectura; e insistir en esa ambigüedad esencial que practicaba el pintor aragonés y que le permitía anclarse en la incertidumbre como antídoto y complemento de una razón cada vez más omnipresente, pero inepta para reconocer su incapacidad de iluminar sus propios rincones oscuros. Todo lo cual consigue también Martín-Estudillo en este extraordinario estudio, con el que nos ayuda a arrojar algo de luz sobre este pobre mundo nuestro cada vez más en las sombras.

**José Pablo Barragán**  
*Temple University*

